AÑO I. 8 DE MAYO DE 1877. NÚM. 17.

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

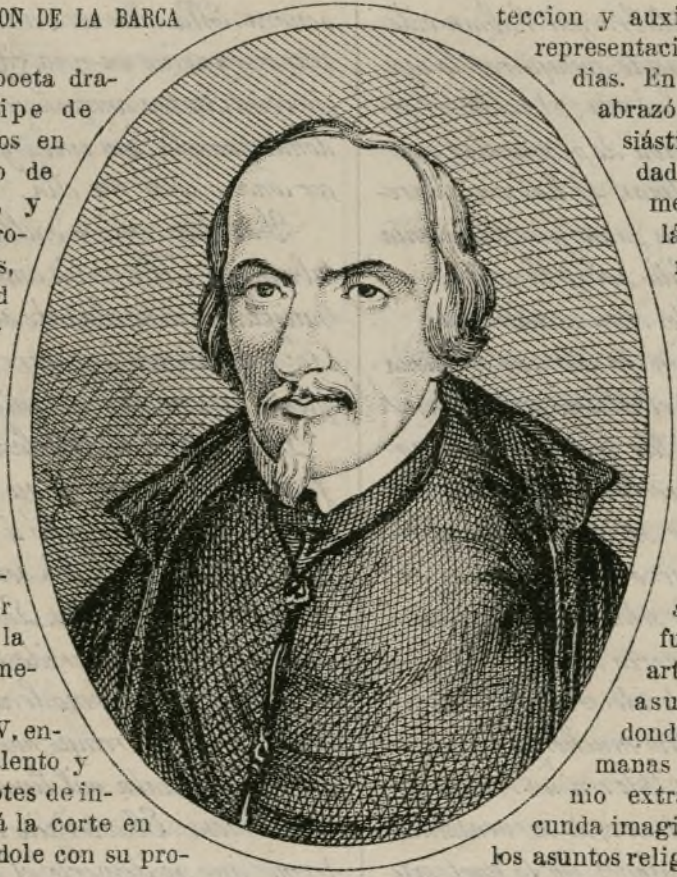
REVISTA TIPO-AUTÓGRAFA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CÁRLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá á los Editores GONZALEZ y BALARI, Silva, 12, Madrid

D. PEDRO CALDERON DE LA BARCA



D. Pedro Calderon de la Barca.

Este insigne poeta dramático, príncipe de nuestros ingenios en el siglo de oro de nuestro teatro, y admiracion de propios y extraños, nació en Madrid en 1600 y compuso su primera obra á los catorce años. Como aconteció con casi todos los poetas españoles de aquella época, fué soldado, y no dejó por esto de cultivar la bella poesía en medio de las armas.

El rey Felipe IV, enterado de su talento y especialísimas dotes de ingenio, le llamó á la corte en 1636, favoreciéndole con su proteccion y auxiliándole para la representacion de sus comedias. En 1652, Calderon abrazó el estado eclesiástico. Su fecundidad fué verdaderamente notable, y es lástima que de las muchísimas obras dramáticas que produjo su célebre pluma, solamente un pequeño número, relativamente, haya llegado á nosotros.

Tragedias, comedias y *autos sacramentales*, fueron sus obras de arte, y ya en los asuntos profanos, donde trataba las humanas pasiones con genio extraordinario y fecunda imaginacion, como en los asuntos religiosos, puede con-

Ayuntamiento de Madrid

siderarse como el modelo del poeta dramático y el príncipe de nuestros clásicos del siglo de oro, á quien célebres poetas extranjeros han estudiado y áun imitado en sus producciones. *Heraclio*, *El Alcalde de Zalamea*, *La vida es sueño*, *Las armas de la hermosura*, *El médico de su honra*, *El Purgatorio de San Patricio*, *La devocion de la cruz!* ¿Quién no ha oido citar con admiracion y respeto estas obras maestras de D. Pedro Calderon de la Barca?

EL SOLDADO DE PLOMO.

Cuento de Anderseen.

Habia una vez veinticinco soldados de plomo, todos hermanos, porque todos eran hijos de una vieja cuchara de plomo. ¡Qué soberbia presencia tenian con el arma al brazo, la mirada fija y el uniforme blanco y encarnado!

La primera palabra que habian oido en este mundo, cuando destaparon la caja que los contenia, fué esta: «¡soldados de plomo!» que acababa de pronunciar un niño batiendo palmas. Le habian sido regalados el dia de su santo y se entretenia en formarlos en fila sobre la mesa.

Todos los soldados eran exactamente iguales, á excepcion de uno que sólo tenia una pierna. Era el último que habian echado en el molde, y no hubo plomo bastante para hacerlo completo. Sin embargo, manteníase sobre su única pierna con tanta firmeza como los otros sobre las dos. A este soldado precisamente es á quien nos importa conocer.

Sobre la mesa donde estaba formada la tropa habia otros muchos juguetes; pero lo más curioso de todo era un bonito castillo de papel. A través de sus ventanitas se podian ver los salones. En la parte exterior elevábanse algunos árboles, rodeando á un pedacito de espejo que hacia las veces de lago, en el cual nadaban y se reflejaban varios cisnes de cera.

Todo esto era muy bonito; pero habia otra cosa más bonita aún, y era una señorita que estaba de pié á la puerta del castillo. Tambien era de papel la señorita, pero llevaba un jubon de tela trasparente y muy ligera, y sobre los hombros, á guisa de banda, una cintita azul que bajaba hasta su cintura. La señorita tenía los brazos extendidos, porque era bailarina, y levantaba una pierna tan alta, que el soldado de plomo, no pudiendo descubrirla, llegó á pensar que la señorita era coja como él.

—He aquí una mujer que me convendria—se dijo;—pero es demasiado gran señora. Ella vive en un castillo, miéntras que yo vivo en una caja en compañía de veinticuatro compañeros, y no tendria donde ponerla. Sin embargo, yo he de hacer conocimiento con ella.

Y al decir esto se ocultó detrás de una tabaquera. Allí podia contemplar á su satisfaccion á la elegante señorita, que se mantenia siempre sobre una pierna sin perder el equilibrio.

Llegada la noche, todos los otros soldados fueron encerrados en su caja, y la gente de la casa se marchó á dormir. Entónces los objetos que habia sobre la mesa empezaron á jugar solos. Los soldados de plomo hubieran querido tomar parte en el jolgorio; pero ¿cómo levantar la tapa de la caja? Un rompe nueces saltaba, un lápiz trazaba mil líneas extrañas sobre la mesa. El estrépito llegó á tal extremo, que se despertó el canario y em-

Ayuntamiento de Madrid

empezó á cantar. Los únicos que no se movían, eran el soldado de plomo y la bailarina. Ella siempre sobre la punta del pié y con los brazos extendidos; él intrépidamente apoyado en su única pierna y sin dejar de mirar á la jóven.

Dieron las doce de la noche y ¡crac! la tapa de la tabaquera salta; pero en vez de tabaco descubre á un duendecito negro. Era un juguete de sorpresa.

—Soldado de plomo—dijo el duende—á ver si hachas tus miradas por otro lado.

Pero el soldado hizo que no lo oia.

—Deja que llegue mañana y ya verás,"—repuso el duende.

Al dia siguiente, cuando los niños se levantaron, pusieron al soldado de plomo sobre la ventana; mas de repente, empujado por el duende ó por el viento, se cae de cabeza á la calle. ¡Que caída tan tremenda! Viése con la pierna en el aire, su cuerpo descansando sobre su chacó, y la bayoneta clavada entre dos piedras.

La criada y el niño más pequeño bajaron á buscarle; pero aunque en nada estuvo que lo reventaran de un pisoton, no lo vieron. Si el soldado hubiese dicho: "¡Eh! cuidado que estoy aquí," le habrian descubierto; pero él creyó que esto sería deshonrar el uniforme.

Comenzó á llover; las gotas fueron sucediéndose cada vez más rápidamente, y sobrevino un verdadero diluvio. Cuando hubo escampado, dos pilluelos pasaron por allí.

—¡Eh! ¡eh!—dijo uno:—ven, mira qué soldado. ¿Vamos á hacerlo navegar?

Hicieron un barco con un periódico viejo, pusieron el soldado dentro, y lo echaron al arroyo. La corriente era rápida, los dos pilluelos le seguian corriendo y tocando las palmas. ¡Qué oleaje, Dios mio, en este mar! El barco de papel se agitaba en todas direcciones, pero á pesar de sus bruscas sacudidas, el soldado de plomo permanecia impasible, con la mirada fija y el arma al brazo.

—"¿A dónde voy?—pensaba nuestro navegante.—Si, si, el duende es quien me juega esta mala pasada.

Muy pronto apareció una rata de agua; era un habitante del canal.

—El pasaporte,—dijo—venga el pasaporte.

El soldado de plomo guardó silencio y apresto su fusil. El barco siguió su camino, y la rata detrás enseñando los dientes y gritando:

—Detenedle, detenedle, que no ha pagado el derecho de pasaje ni ha presentado el pasaporte.

Pero la corriente crecia por momentos; el soldado distinguia ya la luz; pero al mismo tiempo oia un ruido capaz de hacer temblar al hombre más intrépido. Al extremo del canal habia un salto de agua tan peligroso para nuestro soldado, como lo sería para nosotros una catarata; y estaba tan cerca, que era ya imposible retroceder.

El barco se lanzó al precipicio; el pobre soldado se mantenia tieso y firme, y nadie hubiera podido decir que pestañeaba siquiera.

Despues de dar muchas vueltas sobre si mismo, el barco se habia llenado de agua y amenazaba sumergirse.

El agua llegaba al cuello á nuestro

. Ayuntamiento de Madrid

soldado; el buque se hundia más cada vez.

En esto el papel se despliega y el agua cubre la cabeza del navegante, que piensa en la hermosa bailarina á quien no espera ver más.

El papel se rompe y el soldado cae; pero en el mismo instante es devorado por un pez.

¡Entonces sí que estaba oscuro! ¡Aquello era peor que el canal! ¡Y qué apretura! Pero siempre intrépido, el soldado de plomo se tendió cuan largo era, con su arma al brazo.

El pez se movia en todos sentidos y daba terribles sacudidas; por fin se quedó quieto y pareció que le atravesaba un relámpago. Lució el dia y una voz gritó: ¡Un soldado de plomo! El pez habia sido cogido, expuesto en el mercado, vendido y llevado á la cocina, donde la cocinera lo habia abierto con un gran cuchillo. Dos-

pues lo cogió con dos dedos por medio del cuerpo y lo llevó á la sala, donde todo el mundo quiso contemplar á aquel hombre notable que habia viajado en el vientre de un pez.

Sin embargo, el soldado no estaba orgulloso. Se le puso sobre la mesa, y allí—¡que cosas tan raras se ven en el mundo!—se encontró en la misma habitacion de la cual habia sido arrojado por la ventana. Reconoció los niños y los juguetes que estaban sobre la mesa, el bonito castillo y la hermosa bailarina, siempre con su pierna en el aire.

El soldado de plomo se conmovió tanto, que hubiese querido llorar plomo; pero esto no hubiera estado bien.

Ayuntamiento de Madrid

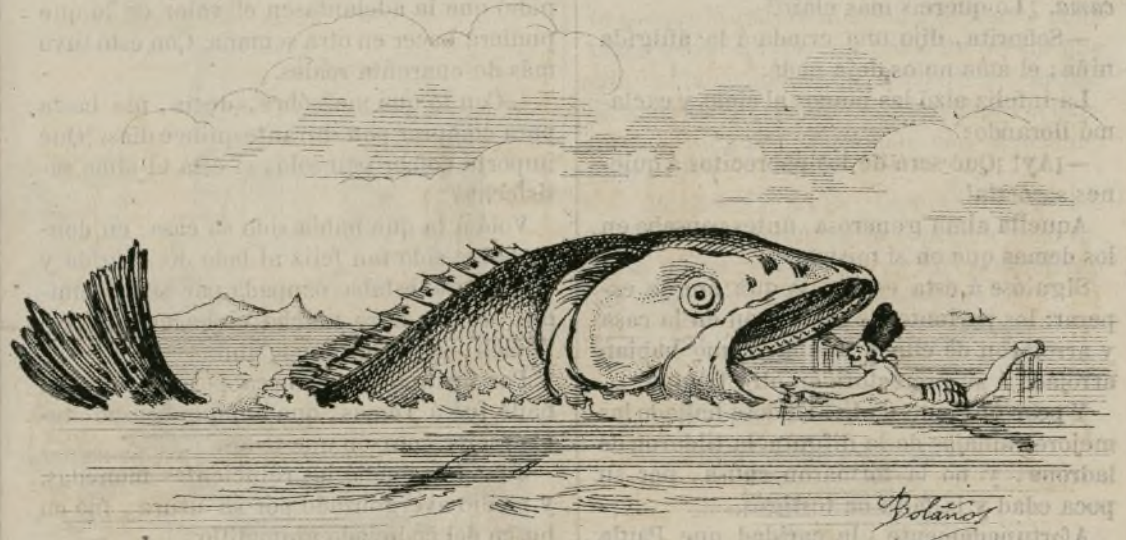
Miró á la bailarina, la bailarina le miró á él, pero no se dirigieron ni una palabra.

De improviso, uno de los niños le cogió y le echó al fuego sin el menor motivo, impelsado sin duda por el duende de la tabaquera.

El soldado de plomo estaba de pié, iluminado por un resplandor vivísimo y sintiendo un calor insoportable.

Todos sus colores habian desaparecido, sin que nadie pudiera decir si esto era consecuencia de sus viajes ó de sus penas.

Seguia mirando á la bailarina, y la bailarina le miraba tambien. El se derretia; pero siempre valeroso conservaba su arma al brazo. En esto se abre una puerta y el viento arrebata á la bailarina, que, semejante á una silfide, vuela hácia la chimenea, cerca del sitio que ocupaba el soldado, y desaparece entre las llamas. El soldado de plomo se habia



¿Cómo me evito los inconvenientes?.... (pág. 136.)

convertido en una pequeña masa.

Al dia siguiente, cuando la criada entró á recoger las cenizas, encontró un objeto que parecia un pequeño corazon de plomo. De la bailarina solo quedaba una pajita ennegrecida por el fuego.

EL CONEJITO BLANCO

(Conclusion) (1).

Juana, llena ya de inquietud, se decidió á llamarla; pero su voz se perdió en los aires sin respuesta. Entónces, loca y fuera de sí, empezó á golpear la puerta, y como al ruido acudiesen los criados, determinaron derribarla.

¡Oh qué horrible espectáculo se ofreció á sus ojos cuando entraron en la estancia!

(1) Véanse los números 15 y 16.

Ayuntamiento de Madrid

Brígida estaba tendida en el suelo, con el rostro amoratado: víctima de una apoplegía fulminante, era ya cadáver.

Renuncio á pintaros el dolor de la pobre Juana.

Tan abismada estaba en él, que ni siquiera fijó su atencion en el hermano de la difunta, que entró seguido de los hombres de justicia.

No vió que sin respeto al cadáver, todavía caliente, impulsados por la codicia, hojeaban todos los papeles que se hallaban en el aposento, y sólo volvió en sí de su estupor al oir un grito general de sorpresa que soltaron los circunstantes.

—No es la heredera, no, decia el padre de Tomás; ved lo que dice aquí. En el sobre: *Mi testamento*, y en el papel que contiene: *Lego á Juana el arcon que está debajo de mi cama.* ¿Lo quereis más claro?

—Señorita, dijo una criada á la afligida niña; el ama no os deja nada.

La infeliz alzó las manos al cielo y exclamó llorando:

—¡Ay! ¡Qué será de los pobrecitos á quienes socorria!

Aquella alma generosa, ántes pensaba en los demas que en sí misma.

Siguióse á esta escena lo que era de esperar: los parientes se instalaron en la casa y arrojaron de ella á Juana, como habian arrojado á su protectora en otro tiempo.

Y peor fué, que no habiéndose hallado las mejores alhajas de la difunta, la tildaron de ladrona, y no la formaron causa, por su poca edad y la falta de testigos.

Afortunadamente, la caridad que Paula habia ejercido, otros la ejercieron con su hija.

Unos labradores la ofrecieron un cuartito en su casa, al cual Juana llevó el viejo arcon, que sólo contenia alguna ropa blanca, y como bordaba muy bien, tomó labor para subvenir á sus necesidades.

Á pesar de su triste estado y del triste porvenir que la esperaba, jamas exhaló una queja. Léjos de eso, iba todas las tardes á rezar sobre la tumba de su bienhechora y derramar sobre ella lágrimas de sincera ternura.

—No hizo más que pagar la deuda que habia contraído con tu madre, la decian algunos, y excusas llorar, porque no la debes nada.

—Sus bienes eran suyos, replicaba Juana con viveza, y lo que ella ha hecho está bien hecho.

Mi madre practicó una buena obra, que hubiera dejado de serlo si hubiésemos pensado un solo instante en que debia ser retribuida.

Por otra parte, si tengo alguna instruccion y puedo ganar honradamente el pan de cada dia, se lo debo á ella, y jamas lo olvidaré.

Por esta respuesta ya se infiere con qué ardor trabajaria aquella semana para rescatar al inocente animalito que habia sido tan querido de la que miraba como á su segunda madre.

—Si ella me ve desde el cielo, pensaba, cuánto se alegrará de que yo le cuide.

Llegó, por fin, el anhelado domingo: Juana llevó su labor concluida á la ciudad, y pidió que la adelantasen el valor de lo que pudiera hacer en otra semana. Con esto tuvo más de cuarenta reales.

—Con lo que me sóbre, decia, me basta para comprar pan durante quince dias. ¿Qué importa comer pan solo, si está el alma satisfecha?

Voló á la que habia sido su casa, en donde habia sido tan feliz al lado de Brígida y que ahora estaba ocupada por sus enemigos. Juana lloró mucho al hacer esta reflexion, pero siguió adelante.

Por fortuna la primera persona á quien halló fué á Tomás, que aunque brusco, tenía mejor corazon que todos.

Juana le tendió las relucientes monedas, y medio avergonzado por su usura, fué en busca del codiciado animalillo.

¡Oh, cómo explicar la alegría de la niña cuando pudo estrecharle entre sus brazos!

—¡Tengo algo de lo que ella amaba! decia besándole y acariciándole.

Llevóle á su cuartito, púsole agua limpia y muchas hojas de lechuga y acelga, y pasó toda la tarde contemplando sus juegos y hablándole de su ama como si el conejito hubiese podido comprenderla.

Llegada la noche se acostó y se durmió con el sueño bienaventurado de aquel que ha hallado de improviso algun tesoro.

Cuenta Estrabon, que en tiempo de Tiberio y Augusto, algunos pueblos se vieron precisados á enviar embajadores á Roma para pedir ayuda contra la importunidad y daño que recibian de los conejos, pues talaban las hierbas y roian todos los árboles.

Ayuntamiento de Madrid

Tan travieso como los que dieron orígen á la embajada debia ser el conejito blanco, por cuanto Juana se despertó varias veces durante la noche, alarmada con el ruido que hacía su improvisado huésped.

Pero ¡cuál fué su asombro al dia siguiente cuando vió el suelo cubierto de fragmentos de madera!

—El arcon era tan viejo, pensó, que nada tiene de extraño.

Pero al bajarse á recogerlos, vió que el conejo habia practicado un agujero, por el cual asomaba un poco de papel.

Movida ya su curiosidad, examinó el arca por todos lados y se convenció de que tenía un doble fondo.

Entónces llamó á gritos á los buenos labradores que la habian dado asilo, y tanta maña se dieron entre todos, que hicieron astillas al pobre arcon, hallando las alhajas de Beatriz y además un abultado rollo de papeles.

Excuso deciros que aquel era el testamento por el cual instituia á Juana su única heredera; excuso pintaros la alegría de ésta y el despecho de los avaros parientes, que tuvieron que desocupar la casa que ya miraban como suya.

Sólo os diré que Juana mandó hacer una bonita conejera para perpetuar la raza de aquel donoso conejo, que la Providencia habia elegido para devolverla su honor y sus riquezas.

Sólo os diré que no quiso casarse nunca, aunque amó y fué amada, y que fundó en su misma casa un hospital, en donde hallasen abrigo los pobres de las cercanías, y del cual se constituyó en directora.

Aún vive: aún está dando al mundo el raro ejemplo de una gratitud que ha sobrevivido á la muerte, pues cuanto hace, cuanto piensa lo refiere á su bienhechora, complaciéndose en realizar todos los deseos que ella habia manifestado. Y como su caridad es inagotable, cuando los desvalidos la bendicen, siempre responde con dulcísimo tono:

—¡Bendecidla á ella, que me inspiró estos humanos sentimientos, que me hizo dichosa y rica; rogad, rogad incesantemente por el eterno descanso de su alma!

Angela Grassi.

LA VÍRGEN DE LA PALOMA

Refugio del cristiano,
pobre, modesto,
en una humilde calle
se eleva un templo;
en él se invoca
á la Vírgen sagrada
de la Paloma.
Á la entrada, á los lados
y bajo el coro,
adornan las paredes
muchos *ex-votos*,
brazos, cabezas,
figuras, corazones,
de plata ó cera.
Enfrente de la Vírgen,
cuadros diversos
indican los milagros
por ella hechos;
son tantos, tantos,
que parece imposible
poder contarlos.
Esta Vírgen no ostenta
ricas alhajas;
con sencillez su imágen
se ve adornada:
quizá por eso

Ayuntamiento de Madrid

rezan allí los pobres
con más respeto.
Dos altares tan sólo
la iglesia tiene:
en uno un Santo Cristo
sus brazos tiende
al que allí vaya
á implorar de su Madre
la ayuda santa.
En otro está la Vírgen
de la Paloma,
á la que el madrileño
constante ora;
hasta ella sube
de incienso y bellas flores
suave perfume.
Allí jóvenes, viejos,
llegan solícitos;
allí llevan las madres
sus tiernos hijos:
y aquella iglesia,
para los muchos fieles
es muy pequeña.
Dios bendice á la Vírgen
de la Paloma,
á la que el madrileño
con ánsia implora;
y ella bendice
á los que sus favores
buscan humildes.
Ella del afligido
las penas calma,
da al pobre y al enfermo
dulce esperanza,
y su divina
caridad á los ricos
tambien inspira.
Por grandes y pequeños
es venerada;
imágen más querida
no hay en España.
¡Feliz quien ora
ante la Santa Vírgen
de la Paloma!

JULIA DE ASENSI.

AVENTURAS
POR MAR Y POR TIERRA
DEL BARON DE MUNCHAUSEN

VII

De como el baron bailó un vals en el estómago de un pez.

Estaba yo una tarde de verano
gozando del placer y la frescura
de un baño *en la mitad* del Océano,
pues es cosa segura
que en entrando en el agua, tal deseo
siento del ejercicio
y con tanta viveza me meneo,
que ya nado por vicio
sin saber lo que me hago,
y no me satisfago
si no nado diez millas á la ida
y otras diez, por lo tanto, á la venida.
Estaba, como digo, descuidado,
al baño solamente dedicado,
cuando diviso un *pez;* ¡qué pez, señores!
Era aquél el mayor de los mayores
mónstruos del mar salado.
La enorme boca abierta me mostraba,
al par que se acercaba
con tanta rapidez, que era imposible
hüir del pez. Momento fué terrible
aquel primer instante
en que lo vi delante;
mas bien pronto mi calma y valentía
y esta mi sangre fria
me dejaron sereno,
y entónces exclamé: —¡Pues señor... bueno!
¿Con que este animalucho
va á devorarme?... Lo celebro mucho;
pero vamos á cuentas lo primero:
si me masca este pez, de fijo muero.
¿Cómo me evito los inconvenientes?...
saltando más adentro de sus dientes;
y dicho y hecho: salto de improviso,
y por esta manera tan sencilla,
al saltar le toqué en la *campanilla*,
y le dije muy fino: —Con permiso!...
Bajé por la garganta muy ligero
y me hallé en el estómago, y cansado
me senté lo primero...
—Este pez *me tendrá sentado*, dije,
en la boca que llaman *del estómago;*
pero á mí sí que ya casi me aflige
la posicion que tengo,
y á este modo de vida no me avengo.
Pero ¿cómo me libro de este abismo?
me preguntaba entónces á mí mismo;
hasta que tuve una feliz idea,
porque mi mente siempre halla salida
á cuanto en este mundo se desea.
Tengo muy estudiada y muy sabida
la *medicina*, y dije: —De esta ciencia
pende la salvacion de mi existencia.
Sí señor; la cuestion es salir vivo.
Si entré *como una píldora*, es forzoso
que consiga salir cual vomitivo;
y al punto, presuroso,
empecé por bailar un vals corrido,
y su estómago, entónces excitado
con aquel movimiento,
al Océano me volvió al momento.

CHARADA

Cuando yo voy al *todo*
marcho á caballo,
que me lleva al *tres prima*
en vez de al paso;
luégo tomo *primera*
en un descanso,
y *prima dos* me alumbra
cuando me marcho.

Solucion al acertijo del número 16:
ABEL.
De la charada:
LOPE.

MADRID: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12

Ayuntamiento de Madrid